

categoría inferior, los convulsionarios de San Medardo, luego los pequeños profetas inspirados de las Cevenas, Swedenborg y su escuela, y otros mil hechos, forman una cadena no interrumpida que desde las manifestaciones de la más remota antigüedad nos conduce al espiritualismo moderno.

L. D.

LEÓN DÉNIS

EL POR QUÉ DE LA VIDA

A LOS QUE SUFREN

A vosotros, ¡oh hermanos míos en humanidad! á vosotros á quienes agobia el peso de la vida, á vosotros los abrumados por las acerbas luchas, por los pesares, por las pruebas, van dedicadas estas páginas. Para vosotros, afligidos y desheredados de este mundo, las he escrito. Oscuro hijo del pueblo, humilde obrero de la verdad y del progreso, he puesto en ellas el fruto de mis vigiliass, mis reflexiones, mis esperanzas, todo lo que me ha consolado y sostenido en mi peregrinación por este mundo.

¡Ojalá halleis en ellas algunas enseñanzas útiles, un rayo de luz para iluminar vuestro camino! ¡Ojalá sea esta modesta obrita para vuestro atribulado espíritu como la sombra para el trabajador abrasado por el sol, como el manatíal puro y fresco que brota en el árido desierto bajo los pasos del sediento viajero!

I.

DEBER Y LIBERTAD.

¿Cuál es el hombre que en las horas de silencio y recojimiento no ha interrogado alguna vez á la naturaleza y á su propio

corazón preguntándoles el secreto de las cosas, el por qué de la vida, la razón de ser del universo? ¿Dónde está aquél que nunca ha intentado levantar el velo de la muerte, ni conocer sus destinos, ni saber si Dios es una ficción ó una realidad? No hay sér humano, por indiferente que sea, que no haya meditado alguna vez sobre estos formidables problemas. La dificultad de resolverlos, la incoherencia y la multiplicidad de las teorías que se han presentado, las deplorables consecuencias de la mayor parte de los sistemas conocidos, todo este desconcertado conjunto, fatigando el espíritu humano, le ha hecho caer en la indiferencia y el escepticismo.

Y sin embargo, el hombre tiene necesidad de saber; necesita del rayo que reanima, de la esperanza que consuela, de la certidumbre que guía y sostiene. Y tiene también el medio de conocer la posibilidad de ver cara á cara á la augusta verdad desprenderse de las tinieblas é inundarle con su benéfica luz. Para conseguirlo, conviene apartarse de los sistemas preconcebidos, penetrar el fondo de sí mismo, y escuchar la voz interior que nos habla á todos, la voz de la razón, la voz de la conciencia que no se deja engañar por los sofismas.

Así lo he hecho yo. Por largo tiempo he reflexionado; he meditado sobre los problemas de la vida y de la muerte; he sondeado con perseverancia estos profundos abismos.

He dirigido un ardiente llamamiento á la Eterna Sabiduría y Ella me ha contestado como contesta á todo espíritu animado por el amor al bien. Pruebas evidentes, hechos de observación directa han venido á confirmar las deducciones de mi pensamiento, ofreciendo á mis convicciones una base sólida é inquebrantable.

Después de haber dudado, he creído; después de haber negado, he visto. Y la tranquilidad, la confianza y la fuerza moral han penetrado en mí.

(continuará)

Santiago, Octubre de 1907.

LEÓN DÉNIS

EL POR QUÉ DE LA VIDA

(Continuación núm. 3)

Estos son los bienes que en la sinceridad de mi corazón, y deseoso de ser útil á mis semejantes, vengo á ofrecer á los que sufren y se desesperan.

Jamás la necesidad de la luz se ha hecho sentir de una manera tan imperiosa. En el seno de las sociedades humanas se está realizando una transformación. Después de haber estado sometido durante una larga serie de siglos al principio de autoridad, el pueblo aspira cada vez más á sacudir la opresión y á dirigirse por sí mismo. A la par que se modifican las instituciones políticas, las creencias religiosas y la fé en los dogmas se debilitan, los cultos pierden su prestigio.

Esta es otra de las consecuencias de la libertad en su aplicación á las cosas del pensamiento y de la conciencia. En todos los dominios tiende la libertad á sustituir á la opresión y á la autoridad, y á guiar á las naciones hácia nuevos horizontes. El derecho de algunos es ya el derecho de todos; más para que este derecho soberano sea fructuoso y conforme á la justicia, es preciso que el conocimiento de las leyes morales venga á dirigir su ejercicio. Para que la libertad sea fecunda, para que ofrezca á las obras humanas una base sólida y duradera, la luz, la sabiduría y la verdad deben completarla. Dar la libertad á hombres ignorante y viciosos, ¿no es como poner un arma terrible en las manos de un niño? El arma, en este caso, se vuelve amenudo contra el que la lleva y le hiere.

II.

LOS PROBLEMAS DE LA EXISTENCIA.

Lo que sobre todas las cosas le importa

al hombre saber es, lo que es, de donde viene, y cuál es su destino. Las ideas que nos formamos sobre el universo y sus leyes, sobre el papel que cada uno de nosotros debe representar en este vasto teatro, tienen una importancia capital, pues con arreglo á ellas debemos dirigir nuestras acciones. Consultándolas es como asignamos un objeto á nuestra vida y marchamos hácia ese fin. Esta es la base, el verdadero móvil de todas las civilizaciones. *Tanto vale el ideal, tanto vale el hombre.* Lo mismo para las colectividades que para el individuo, el concepto del mundo y de la vida, es el que determina los deberes, fija la senda que debe seguirse y las resoluciones que conviene adoptar.

Pero, como ya los hemos dicho, la dificultad de resolver tales problemas hace con sobrada frecuencia desistir de intentarlo. La opinión del mayor número es vacilante, indecisa, y las acciones y los caracteres se resienten de ello. Ese es el mal de la época, la causa de la turbación que la domina. Se tiene el instinto del progreso; se quiere marchar, pero hácia dónde? En esto es en lo que no se piensa bastante. El hombre que ignora sus destinos se parece á un viajero recorriendo maquinalmente un camino, no conociendo el punto de partida ni el de llegada, ni por qué viaja, y de consiguiente dispuesto siempre á detenerse ante el menor obstáculo y á perder el tiempo por no importarle nada el fin que debe alcanzar.

El vacío y la obscuridad de las doctrinas religiosas y los abusos que han engendrado, son causa de que muchos espíritus caigan en el escepticismo. Se cree fácilmente que todo termina con la muerte, y que el hombre no tiene más destino que desvanecerse en la nada.

Demostraremos más adelante en cuan fragante oposición está este modo de ver con la experiencia y la razón. Digamos desde ahora que destruye toda idea de justicia y de progreso.

(continuará)

Santiago (Chile), Octubre de 1907.

LEÓN DÉNIS

EL POR QUÉ DE LA VIDA

(Continuación núm. 4)

Si la vida está circunscrita de la cuna á la tumba, si las perspectivas de la inmortalidad no vienen á iluminar nuestra existencia, no le queda al hombre más ley que la de sus instintos, de sus apetitos y de sus goces. Poco importa que se afane por el bien y la equidad; no haciendo más que aparecer y desaparecer en este mundo llevándose consigo en el olvido sus afecciones y sus esperanzas, cuanto más puras i elevadas sean sus aspiraciones, tanto mayores serán sus sufrimientos. Amante de la justicia, está condenado á no ver casi nunca su realización. Apasionado por el progreso, soldado del derecho, sensible á los males de sus semejantes, se extinguirá antes de haber visto triunfar sus principios.

Con la creencia en la nada, cuanto más hayais practicado la abnegación y la justicia, tanto más amarga y abundante en decepciones será vuestra vida.

El egoismo bien entendido seria la sabiduría suprema: la existencia perderia toda grandeza, toda dignidad. Las más nobles facultades, las más generosas tendencias del espíritu humano acabarían por marchitarse, por extinguirse completamente.

La negación de la vida futura suprime tambien toda sanción moral. Con ella, todos los actos, buenos ó malos, criminales ó sublimes conducen al mismo resultado. Las existencias miserables, la obscuridad, la opresión, el dolor, no hallan compensación alguna. Ya no hay consuelo en la prueba, no hay esperanza para el afijido.

Ninguna diferencia en el porvenir entre el egoísta que solo ha vivido para si y con frecuencia á expensas de sus semejantes, y el martir y el apóstol que han sufrido y sucumbido combatiendo por la emancipación y el progreso de la raza humana. La misma sombra les espera á todos.

Si todo termina con la muerte, el sér no tiene razón ninguna para contenerse ni reprimir sus instintos y aficiones. Fuera de las leyes terrestres nada puede imponerle limites. El bien y el mal, lo justo y lo injusto se confunden igualmente y se mezclan en la nada. Y el suicidio será siempre un medio de escapar á los rigores de las leyes humanas.

La creencia en la nada, al mismo tiempo que destruye toda sancion moral deja sin resolver el problema de la desigualdad de las existencias, de las facultades, de las aptitudes, de los méritos.

En efecto, ¿por qué han de tener unos todos los dones del espíritu y el corazón, los favores de la fortuna, y á otros solo les toca en suerte pobreza intelectual, vicios y miseria? ¿Por qué en una misma familia, parientes, hermanos, formados de la misma carne y de la misma sangre difieren esencialmente en tantos puntos? Estas son otras tantas cuestiones insolubles para los materialistas como tambien para muchos creyentes. Vamos, pues, á examinar brevemente estas cuestiones á la luz de la razon.

III.

ESPÍRITU Y MATERIA.

No hay efecto sin causa; nada procede de nada. Estos son axiomas, esto es, verdades incontestables. Pues bien, como está probado que en cada uno de nosotros existen fuerzas y potencias que no pueden ser consideradas como materiales es menester para explicar su causa remontarse á otro origen que la materia, á ese principio que llamamos alma ó espíritu.

Cuando interrogandonos á nosotros mismos queremos aprender á conocernos, á analizar nuestras facultades, cuando apartando de la superficie de nuestra alma la espuma que en ella acumula la vida, la espesa envoltura con que han revestido nuestra inteligencia las preocupaciones, los sofismas y una mala educación, penetra-

(continuará)

Santiago (Chile), Noviembre de 1907.

para propagarlo y repartirlo entre los hombres.

El Espiritismo no admite diferencias de razas, ni de países, ni de condición social: para él no hay favoritos, ni predestinados: papas, reyes, presidentes, magistrados, ricos, grandes y fuertes de la tierra, no son más que otros tantos trajes ó disfraces de la mascarada directora, detrás de la cual camina el resto de la humanidad durante su tránsito por este planeta.

Socialmente, todos, absolutamente todos somos y debemos ser iguales: moral é intelectualmente, todos, absolutamente todos, somos y debemos ser diferentes.

El Espiritismo no reconoce las jerarquías del cuerpo; pero acepta y exalta las del espíritu, no patrocina las exterioridades del Culto, pero sí vivifica y engrandece el culto interno que la conciencia debe tributar á Dios, no por medio de misticismo estulto y ceremonias ridículas, sino laborando con decisión y valentía por establecer, en este mundo, el reinado de la Paz, de la Justicia y de la Libertad.

J. R. B.

Á QUIEN INTERESE.—Recibimos diariamente cartas de lectores de esta hoja, que simpatizando con nuestras teorías y deseando contribuir a su desarrollo y propagación, nos piden cuáles son las condiciones para ser admitidos a formar parte del Centro de Propaganda que edita "La Voz de los Muertos."

Trabajo muy largo sería contestar á todos en particular: contestaremos, pues, colectivamente, que "La Voz de los Muertos" no es órgano de ningún centro particular; los gastos que origina su publicación, son sufragados con erogaciones voluntarias que se han impuesto algunos de sus lectores. Los que deseen adherirse y contribuir á la propaganda, pueden hacerlo como más lo crean conveniente sin contraer obligación ninguna.

No imponiendo obligaciones á sus lectores "La Voz de los Muertos" se reserva al mismo tiempo el derecho de no obligarse á nada. Se publica cuando los medios lo permiten aumentando estos aparecerá más a menudo y procurará aumentar su formato.

Su director y editor acepta los consejos de todos, reservándose sin embargo el

derecho de ponerlos en práctica si y cuando lo crea conveniente.

Con frecuencia llegan á esta redacción cartas dirigidas al Sr. J. Ramón Ballesteros Redacción etc., Av. Viel 1166, y que rehusan tratar únicamente de asuntos referentes á nuestra hoja. Avisamos, pues, que el Sr. Ballesteros no vive actualmente en Santiago, sino en Upéo (Curicó).

LEÓN DÉNIS

EL POR QUÉ DE LA VIDA

(Continuación núm. 5)

mos en los repliegues más íntimos de nuestro ser, nos encontramos frente á frente con los augustos principios sin los cuales no hay grandeza para la humanidad; á saber: el amor al bien y el sentimiento de la justicia y del progreso. Estos principios que se encuentran en diversos grados lo mismo en el ignorante que en el hombre de genio, no pueden provenir de la materia que está desprovista de tales atributos. ¿Y si la materia carece de estas cualidades, como podría formar ella sola los seres que la poseen? Nuestra memoria, nuestra ciencia, el sentido de lo bello y de lo verdadero, la admiración que experimentamos por las obras grandes y generosas, no pueden tener el mismo origen que la carne de nuestros miembros y la sangre de nuestras venas. Son mas bien como los reflejos de una luz pura y elevada que brilla en cada uno de nosotros, así como el sol se refleja en las aguas, ya sean estas turbias o cristalinas.

En vano pretenden los escépticos que es materia. Como sentimos vehementes arrebatos de amor y de bondad; nos encantan la virtud, la abnegación y el heroísmo; el sentimiento de la belleza moral está grabado en nosotros; la armonía de las cosas y de las leyes nos penetra y nos hechiza; y nada de esto nos distinguiría de la materia? Sentimos, amamos, tenemos conciencia, voluntad, razón; y sería posible pro-

cediéramos de una causa que nada siente, nada ama ni conoce, sorda y muda á la par? Superiores á la fuerza que nos produce, seríamos más perfectos y mejores que ella.

Tal manera de pensar no resiste el más ligero exámen. El hombre tiene dos naturalezas. Su cuerpo y sus órganos derivan de la materia, sus facultades intelectuales, y morales proceden del espíritu.

Con mayor exactitud aun podemos decir á proposito del cuerpo humano que los órganos que componen tan admirable maquina son como las ruedas incapaces de funcionar sin un motor, sin una voluntad que las ponga en accion. Este motor es el alma.

Hay un tercer elemento que une á los otros dos transmitiendo á los órganos las órdenes del pensamiento. Este elemento es el flúido vital ó periespiritu, materia etérea que nuestros sentidos no pueden percibir. Envuelve el alma, la acompaña después de la muerte en sus infinitas peregrinaciones, depurandose, progresando con ella, constituyéndole una corporeidad diáfana y vaporosa. Más adelante daremos la prueba de la existencia del periespiritu.

El espíritu está encerrado en la materia como un prisionero en su celda y los sentidos son las aberturas por las cuales comunicamos con el mundo exterior. Mas en tanto que la materia más ó menos tarde decae y se disgrega, el espíritu aumenta en poder fortificándose con la educación y la experiencia. Sus esperanzas crecen y se estienden más allá de la tumba, su necesidad de saber, de conocer, de vivir, no tiene límites. Todo demuestra que el ser humano solo temporalmente pertenece á la materia.

El cuerpo no es más que una vestidura prestada, una forma pasajera, un instrumento con cuyo auxilio el hombre prosigue en este mundo una obra de purificación y de progreso. La vida espiritual es la vida normal, verdadera inmortal, en una palabra.

VI.

ARMONIA DEL UNIVERSO.

Dada la existencia en nosotros de un principio inteligente y racional, el encadenamiento de las causas y de los efectos

nos hace remontar para explicar su origen hasta el manantial de donde fluye. A ese manantial los hombres en su pobre é insuficiente lenguaje, llaman Dios.

Dios es el centro hácia el cual convergen y van á parar las potencias todas del universo. Es el foco de donde emanan todas las ideas de justicia, de solidaridad y de amor: el fin hácia el cual se encaminan todos los seres conciente ó inconcientemente. De nuestras relaciones con el gran arquitecto de los mundos dimana la armonia universal, la comunidad, fraternidad. En efecto, para ser hermanos se necesita tener un mismo padre, y ¿qué otro padre que Dios podríamos tener?

Se nos dirá que Dios ha sido presentado bajo aspectos tan extraños, y á veces tan odiosos por los hombres de secta, que el espíritu moderno se ha apartado de él.

¿Pero que importan las divagaciones de los sectarios? Pensar que Dios puede ser minorado por los dichos de los hombres equivale a creer que el monte Blanco y el Himalaya pueden ser manchados por el soplo de un mosquito. La verdad radiante y deslumbradora se cierne muy por encima de las obscuridades teológicas.

Para vislumbrar esta verdad, el pensamiento debe desprenderse de los preceptos mezquinos y de las prácticas vulgares, rechazando las formas groseras con que las religiones han revestido al supremo ideal. Debe estudiarse á Dios en la majestad de sus obras.

A la hora en que todo reposa en nuestras ciudades, cuando la noche es trasparente y reyna el silencio en la tierra adormecida, eleva entonces tus miradas, oh hombre, hermano mio, y contempla el infinito de los cielos.

Observa la armoniosa marcha de los astros evolucionando en la profundidad. Esos fuegos innumerables son mundos junto á los cuales la tierra no es más que un átomo, soles prodigiosos rodeados de séquito de esferas y cuyo rapido curso se mide á cada minuto por millones de leguas.

(continuará)

Santiago (Chile), Diciembre de 1907.